

SECCION TERCERA.

De las emigraciones e inmigraciones, i de las colonias.

- I. De las emigraciones.—De las emigraciones individuales.—De las emigraciones colectivas —De las emigraciones temporales.
- II. De las inmigraciones.—De las inmigraciones individuales.—De las inmigraciones colectivas.—De las inmigraciones temporales.
- III. De la colonizacion.—De la colonizacion en jeneral.—Condiciones jenerales necesarias de la colonizacion.—Condiciones económicas de la fundacion i de la prosperidad de las colonias.—Causas de decadencia de las colonias.—Medios de prevenir los inconvenientes señalados.—Colonias en los países ya ocupados.
- IV. De las sociedades hispano-americanas.—De la fundacion de las colonias españolas de América.—Del réjimen económico de los Estados hispano-americanos.—De los medios de mejorar el estado económico de las sociedades hispano-americanas.

FILOSOFIA DE LA HISTORIA bajo el punto de vista católico.—
Discurso pronunciado, el 8 demarzo de 1860, por el presbítero don Mariano Casanova, en su incorporacion a la Facultad de Teología i Ciencias Sagradas de la Universidad. Principia por la biografía de su predecesor el señor Dean don Manuel Frutos Rodriguez.

Sea, señores, mi primera palabra en este momento, para mí tan soemne, una expresion de gratitud profunda a la Facultad de Teología por el honor con que me ha favorecido al concederme un asiento, en esta ilustre Universidad, reservado al mérito i a la ciencia. Vuestra induljencia sirve de robusto apoyo a la juventud en la carrera del saber ; i no dudo que al invitarme a tomar parte en vuestras tareas, habreis querido, señores, animarme a trabajar incesantemente en la realizacion de los altos fines que se propone la Facultad, a que, desde hoi, tengo el honor de pertenecer. ¡Ojalá que el resultado corresponda a los sinceros deseos que este respecto me animan!

No hace mucho tiempo que este asiento era ocupado por un Miembro ilustre, Sacerdote venerando, e Institutor celosísimo de la juventud. Deseando cumplir con los estatutos universitarios, he meditado en su modesta, ejemplar i laboriosa vida ; i, al observar su ardiente

empeño por el progreso de las letras, su amor sincero a la juventud estudiosa, mas de una vez os he agradecido el haber tenido a bien llamarme a ocupar su lugar. I no es por que crea llenar con mi insuficiencia la vacante que en vuestro seno ha dejado, sino porque en el recuerdo de su vida tendré siempre un modelo que imitar para no desmayar en la carrera de la enseñanza a que estoy dedicado.

Nació el señor don Manuel Frutos Rodriguez en esta ciudad de Santiago, a los 26 dias del mes de octubre de 1780. Sus piadosos padres, el señor don José Rodriguez i la señora doña Mercedes Potiers, cuidaron con solicitud i esmero de la educacion de su hijo. El jóven Rodriguez, por la suavidad de su carácter, el espíritu de observacion i su no comun capacidad, prometiales corresponder a sus afanes. A los nueve años fué traído de Petorca, donde se hallaban establecidos entónces sus padres, i colocado en el Seminario de Santiago, dirigido por el señor don Manuel Hurtado, en el cual cursó los diferentes ramos que allí se enseñaban. Sus progresos fueron rápidos i brillantes, mereciendo en sus exámenes repetidas felicitaciones de los Doctores que concurrían a estos actos. Así es que, a los 19 años, habia terminado su carrera literaria ; i sintiéndose fuertemente inclinado a servir al Señor en el Ministerio Sacerdotal, el Ilmo. señor Obispo de Huamanga don José Antonio Martinez de Aldunate, le confirió la prima tonsura i las menores órdenes. Miéntas cumplía la edad necesaria para ascender al Sacerdocio, se retiró a la ciudad de San-Felipe de Aconcagua, deseoso de trabajar desde luego en el bien espiritual de los fieles. Cuando fué llamado a recibir las sagradas órdenes, dieron testimonio de su vida ejemplar i laboriosa los Curas de aquella ciudad, presbítero don Domingo Sotomayor i el reverendo padre jubilado Frai Fernando García. Confrióse las el Ilmo. señor don Rafael Andreu i Guerrero, Obispo de Epifanía i Auxiliar de Santiago, en los dias 25, 26 i 29 de junio de 1811. Justo apreciador de su mérito, el Ilmo. señor Obispo de Santiago don José Santiago Rodriguez Zorrilla, le confió poco despues la cátedra de Flosófia en el Seminario, donde formó mui aventajados discípulos. La administracion de los Sacramentos i las demas obligaciones propias del sacerdote, ocuparon el tiempo que la enseñanza le dejaba libre.

En 1819, el señor don José Ignacio Cienfuegos fué comisionado por el Supremo Director i el Senado para entender en el restablecimiento del Instituto Nacional. El señor Rodriguez fué entónces nombrado Vice-Rector de este Establecimiento, el 15 de julio del mismo año, “ en fuerza, dice el decreto, de los informes tomados sobre su instruccion, probidad i aptitud para desempeñar este cargo.” “Al comunicarlo a Ud., agrega el señor Cienfuegos, me queda la satisfaccion de que la Patria no me argüirá de desacierto en mi eleccion, depositando en Ud. el sagrado encargo de la educacion pública, que debe hacer feli

ces a las presentes i venideras jeneraciones." De tan honrosas manifestaciones de un hombre público tan respetable como el señor Cienfuegos, fácil es coleccionar cuán bien sentada estaba la reputacion del señor Rodriguez. Vosotros, señores, comprendéis mui bien las árduas tareas que demanda la educacion; qué tacto tan exquisito requiere para ganarse la voluntad de los jóvenes, i, despues de haber cautivado su corazon, formarlo para la virtud. Dirigir a la juventud por los suaves medios de la persuasion, es sin duda lo mas perfecto, pero al mismo tiempo lo mas difícil; hacerle comprender que estudia para cumplir con un deber sagrado, deber que bien llenado podrá proporcionarle la verdadera felicidad; conseguir, en fin, que mire en sus maestros, padres celosos i amigos sinceros, no es dado alcanzarlo a un institutor vulgar. Por esto el señor Rodriguez daba pruebas evidentes de aptitud para educar a los jóvenes, cuando, en aquella época, en que no se conocia otro sistema de enseñanza que el del rigor en las penas i castigos, él mantenía la regularidad de la disciplina por medios que, sin amortiguar los nobles sentimientos del joven, le estimulaban al cumplimiento de sus deberes. "Cuando vuestros padres, solia decir a sus alumnos, me han delegado su autoridad para castigaros, yo les pedí su cariño para correjros suavemente." I en verdad que el amor que les profesaba era tierno i sincero. Estaba persuadido que, de la acertada direccion que se les diese, dependria el bien de la Patria, la estabilidad de sus instituciones, el respeto sagrado a la lei, la sumision a los Majistrados, i la paz de las familias. "De todos los negocios públicos, ha dicho Platon (1), el mas interesante es el educar bien a la juventud." Así, el señor Rodriguez creía que en ninguna ocupacion debia ejercitar mejor su celo sacerdotal. El Supremo Gobierno, reconociendo su elevado mérito, le confirmó despues la alta direccion del Instituto, nombrándole Rector. Es bien sabido que desempeñó tan delicado cargo con una abnegacion admirable. Dan prueba de lo que voi diciendo, los aprovechados discípulos que formó i las importantes reformas que introdujo en la educacion. Debilitadas empero sus fuerzas con el trabajo, hizo, en 1824, formal renuncia de los dos cargos que a un tiempo desempeñaba como Rector i Vice; pero el Supremo Gobierno no creyó conveniente admitir la renuncia que hacía del Rectorado, i nombró para que le auxiliase en sus importantes tareas un Vice-Rector ó Ministro.

Con tales antecedentes, parecia que el señor Rodriguez era mui acreedor, sino a la recompensa debida a sus importantes servicios, al ménos a la consideracion i respeto de sus compatriotas i del mismo Gobierno a quienes servia; pero no fué así. Cuando nadie lo esperaba, un supremo decreto de 18 de octubre de 1825, le separó del Instituto para colocar

(1) Lib. primero de las leyes.

en su lugar al ingeniero francés don Cárlos Ambrosio Lozier. Entre las razones o considerandos que se alegaron para esta medida, llama la atención la importancia que se da al carácter que investía el señor Rodríguez, esto es, el de eclesiástico “¡las personas eclesiásticas, dice el decreto, no son las mas aparentes para educar a la juventud.” No es del caso detenerme en refutar razón tan peregrina; elocuentemente protestan contra ella los acreditados Colejios del antiguo i nuevo Mundo, dirigidos por eclesiásticos. I por la mengua que en esto podría haber para con mi ilustre predecesor, el mismo decreto se encarga de vindicarlo. “El presbítero Rodríguez que obtenia el Rectorado, será, dice, particularmente recomendado al Gobernador eclesiástico para que le atienda en su carrera, conforme *al distinguido mérito que ha contraído en el servicio de aquel Establecimiento, a sus conocimientos, virtudes i ejemplar conducta.*”

Esta repentina separación hirió hondamente la noble alma del señor Rodríguez. El amor sincero, que, cual amante padre profesaba a sus educandos, llegó a su colmo en aquellos solemnes momentos en que a porfía le manifestaban el profundo pesar que les causaba su separación. Este amor e interés por todo lo que tocaba a la juventud, jamás se amortiguó en su corazón. Interesábale vivamente, hasta en sus últimos días, cuanto tendía al progreso de la buena educación. Vosotros, señores, le visteis encorvado por el peso de los años i debilitadas sus fuerzas por la enfermedad, asistir lleno de entusiasmo a la colocación solemne de la primera piedra del nuevo Seminario, ceremonia que, según decía, le había rejuvenecido. Buena prueba también dió de lo que voi diciendo, el haber legado en su lecho de muerte, a dicho Seminario, su modesta fortuna.

Un año antes de su separación del Instituto Nacional, el Illmo. señor Obispo de Santiago Dr. don José Santiago Rodríguez Zorrilla, le nombró Examinador Sinodal del Obispado, cuyo cargo desempeñó con inteligencia i mucha escrupulosidad.

Sus distinguidos servicios no quedaron al fin sin recompensa. Por despacho de 1.º de octubre de 1831, el Gobierno presentó al señor Rodríguez para ocupar una de las canonjías de merced que estaban vacantes en esta Iglesia Metropolitana, “teniendo en consideración, dice, su virtud, suficiencia i méritos, i que sus servicios en la educación de la juventud han principiado desde el año de 1814, *en las clases que ha desempeñado cumplidamente de Catedrático, de Ministro i de Rector en el Seminario eclesiástico i en el Instituto Nacional hasta 1825, época en que fué retirado por un decreto del Gobierno que le recomienda eficazmente para los ascensos en su carrera.*”

En 1844 fué presentado para la Dignidad de Tesorero; seis años des-

pues fué elevado al Arcedeanato, i en 1853 al Deanato de la referida Iglesia Metropolitana.

El asiento que tanto honró en esta Corporacion, ocupólo en virtud del nombramiento que en su favor hizo el Supremo Gobierno el 28 de junio de 1843, cuando se organizó la Universidad. Pero la muerte le arrebató de en medio de vosotros el 28 de julio de 1858; i con esto la Patria ha perdido en él un servidor benemérito, la Universidad un institutor celoso, i la Iglesia un sacerdote ejemplar. Con justicia, pues, la sociedad en general deplora su pérdida.

Creo haber cumplido con la primera parte del deber que me imponen los estatutos universitarios. Paso ahora hacer algunas observaciones sobre una materia que, sin ser ajena de la carrera en que descolló mi ilustre predecesor, no puede dejar de interesar a los señores Miembros de la Facultad que han tenido la dignacion de venir a escucharme.

I.

Una de las condiciones de la salvacion del Mundo i de la realizacion de los destinos prometidos a la civilizacion cristiana, es, señores, dar un gran desarrollo a la verdad católica, haciendo vivificar, con su sávia fecunda, todas las instituciones sociales i todas las ciencias que la humanidad mira como elementos de futura dicha.

El siglo XIX va ya en la segunda mitad de su carrera. En la primera ha presenciado grandes acontecimientos, mayores controversias, inmensos trastornos. Recibió del último siglo preocupaciones funestas, odios injustos contra la verdad, i no poco tiempo el alma humana marchó sin brújula en medio de una tempestad terrible. Un amor sin límites a la libertad amenazó de muerte las instituciones mas venerandas, los principios mas incuestionables, a causa de haber el escepticismo religioso debilitado las bases del orden social. Las consecuencias no se hicieron esperar. Un solo dia pesó mas que un siglo en los destinos del Mundo, sucediéndose los acontecimientos mas imprevistos con la rapidéz del pensamiento, i el Mundo atemorizado buscó luego el reposo que por su culpa habia perdido. Grandes esfuerzos se han hecho desde entónces para restablecer en el orden moral el equilibrio perdido i afianzar las bases conmovidas de la sociedad. Desde ese momento la verdad católica ha debido ocupar en las intelijencias el mismo lugar que Dios en el Universo, i el Sol en las esferas celestes. Los espíritus mas aventajados, los corazones mas nobles, han llegado a comprender que falta mucho a la razon i a la filosofía para preservar al hombre del error. Se han convencido de su debilidad cuando quedaban abandonados a sus propios recursos, mirando en el vestíbulo mismo del templo de la Filosofía los funestos em-

blemas de la duda i del escepticismo. De aquí, principalmente, la necesidad de que la verdad católica sirva de guía en todas las concepciones de la inteligencia humana. Es pues necesario dar a esta verdad todo el desenvolvimiento de que es susceptible; que ejerza la preeminencia que por derecho le pertenece, i que, sin absorber las ciencias humanas, las anime, las depure, las vivifique i las suministre los medios de servirse de ella sin peligro alguno para el individuo ni para la sociedad. “Es preciso, ha llegado a decir M. Thiers, hablar al pueblo como habla la Religión. Es preciso desarrollar la verdad católica, fuente única de todo cuanto hai de grande, de bello, de verdadero i de poderoso en el Mundo. Mientras que el Paganismo no ha podido sufrir por un momento el exámen de la razon, ella existe despues que Descartes ha hallado el fundamento de la certidumbre, despues que Galileo ha descubierto el movimiento de la tierra i Newton la atraccion, i despues que Voltaire i Rousseau han derribado los tronos (2).”

I si todas las ciencias llegasen a ser cristianas, la marcha de la civilizacion, hija del Cristianismo, proseguiría siempre sus gloriosos destinos, llegando al fin para el Mundo una época de paz i de armonía universal.

A la Facultad de Teología es a quien toca, señores, procurar la alianza de las Ciencias con la Religión, manifestando las relaciones íntimas i necesarias que ligan los grandes e inmutables principios de la fé con las variadas concepciones de la razon humana; pues la Teología es ciencia universal en todo sentido i bajo cualquier aspecto que se la considere. Abarca lo que todas las verdades contienen: Dios i el hombre, el Criador i sus obras, el tiempo i la eternidad. En este santuario del saber, la Teología es representante *del Dios, señor de las Ciencias* (3). Por el atractivo irresistible de su palabra ha de hacer que todas las ciencias humanas canten a la gloria de Dios un grato himno de amor i de fé; uniendo con cadena de oro todas las creaciones del ingenio.

Si hai, señores, algun estudio que necesite, para ser bien comprendido, que se le considere desde la altura del principio católico, es sin duda el de la Historia de la humanidad. Una alianza íntima ha de formarse entre la verdadera Filosofía i la verdadera Historia, la Filosofía i la Historia cristianas. De esta union resultará el conjunto de las pruebas mas poderosas que la ciencia pueda oponer al error.

Confiado en vuestra induljencia, me propongo presentaros algunas ligeras observaciones sobre el espíritu que debe vivificar los estudios históricos, o, para hablar con mas propiedad, *sobre la Filosofía de la Historia*. En un tiempo en que la actividad científica abraza todos los objetos del pensamiento, es mui natural que se pida a la Historia, iluminada

(2) Thiers, de la propiedad.

(3) I. Reg. II 3.

por la Filosofía sus mas altas instrucciones. ¿Qué es pues la Filosofía de la Historia? Lo diré sin rodeos; i ved desde luego lo que hace que mi Discurso sea acreedor a vuestra benévola atencion. Para mí no hai otra solucion posible a la cuestion propuesta, que la que en otro tiempo dió el célebre Obispo de Meaux en la mas acabada de sus obras: “La ciencia que nos descubre la accion de Dios, cumpliendo su obra al través de los siglos i de todos los acontecimientos, realizando en el Mundo los decretos supremos de su voluntad (4).”

No se me oculta que, para abordar de lleno esta cuestion, se necesita de una ciencia que no poseo i de una palabra mas ejercitada que la mia; pero me alienta la idea de que la verdad tiene derechos sagrados e imprescriptibles, i tengo la seguridad de que vosotros comprendeis mui bien que las almas rectas no se desdennan de escucharla, por débil que pueda ser el órgano que tome a su cargo el defenderla.

II.

En todos los tiempos, los mas grandes sábios se han complacido en prodigar a la Historia pomposos elojios. Ciceron la llama, *maestra de la vida i luz de la verdad; auxiliar de la Providencia i madre de la Filosofía*, Diodoro de Sicilia, *émula del tiempo; depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo i aviso de lo presente i advertencia de lo porvenir*, el inmortal Cervantes. “El pasado, dice Chateaubriand (5), es un anciano venerable, que nos cuenta en nuestros hogares lo que ha visto, i que nos instruye divirtiéndonos con sus narraciones, sus ideas, su lenguaje, sus modales, i hasta con sus vestidos de otro tiempo.”

Los antiguos representábanla como la primojénita de las nueve Musas, llevando en su frente una brillante diadema i teniendo en sus manos un libro inmortal. En las pájinas de ese libro misterioso, el hombre adquirirá una experiencia anticipada, contemplando al través de los siglos las grandes acciones que han elevado a los mas célebres personajes, o las miserias que los han sumerjido en un justo olvido. Recojerá eficaces lecciones de moral, anatematizando el crimen, honrando la virtud, aprendiendo a temer los dictados de la propia conciencia i el fallo terrible de la posteridad. Por el estudio del pasado, conocerá las diferentes formas de Gobierno que los hombres han ensayado, los inconvenientes i ventajas que cada una de ellas ofrece. Trasladándose a tiempos mui remotos, comprendiendo bien el espíritu de las naciones i de las épocas, dará su justo valor a las obras de los superiores ingenios, analizando, sin temor de engañarse, con delicadeza i correccion, las bellezas i defectos de

(4) Bossuet, Discurso sobre la Historia universal.

(5) Carta publicada en el núm. 4. tom. II. de la Revue européenne (1851).

los diversos escritos de los oradores, poetas i literatos. En fin, por la Historia, la instruccion científica recibe su complemento, observando cómo las ciencias i las artes se han desarrollado sucesivamente por medio de una admirable série de descubrimientos. "A la vez que sirve de grato entretenimiento, dá lecciones al hombre privado, reglas prácticas a los que gobiernan, i principios políticos a los hombres de estado (6)." Es, pues, la Historia el testamento solemne por el cual la jeneracion presente toma posesion de la herencia moral e intelectual que le ha sido legada por las que le han precedido. Anota escrupulosamente todas las efemérides de los pueblos, i señala las diferentes faces de nuestra humana constelacion. Nada se escapa a su mirada: interroga los restos de los mas famosos Imperios; pasa revista a los mas antiguos manuscritos; se inclina en presencia de los santuarios mas famosos; remueve las cenizas de las tumbas mas venerandas, i presta atento oido a las tradiciones de todos los pueblos. Y asigue el carro triunfante de los mas soberbios conquistadores, como Alejandro subyugando al Mundo entero; Augusto subiendo las gradas del Capitolio; Constantino sentándose en el primer solio cristiano; i Cárlo Magno restaurando el Imperio de Occidente. Ya fija su vista en las concepciones i trabajos del hombre de ingenio cuando trata de elevarse mas allá de la rejion en que se preparan las tempestades que conmueven al Mundo i trastornan los Imperios, i en alas de la fama pública, su nombre por toda la redondéz de la tierra; i un himno de alabanza se entona en los cuatro ángulos del Mundo a Aristóteles el filósofo, a Solon el lejislador, a Miguel Anjel el artista inspirado por el jénio cristiano, a Gutemberg el veloz propagador de los conocimientos humanos, i a Colon el descubridor de un Nuevo Mundo.

¿I con qué fin la Historia abarca terreno tan inmenso? No para satisfacer una vana curiosidad; no..... Ella tiene una mision mas sublime, mision que de modo alguno llena cuando solo se ocupa en narrar los acontecimientos en su órden cronológico. Imposible seria a sí, darse cuenta de la reproduccion de la vida de la humanidad, de su movimiento i variaciones. Para hacer revivir el drama incesante de la existencia humana, no basta detenerse en las vicisitudes aparentes de la escena; preciso es que la luz refleje hasta en el interior del ser humano. Indispensable es al historiador, para reducir a sistema sus observaciones, colocarse en un punto de vista culminante a donde se refieran todos los hechos; este punto de vista le es mas necesario que al matemático los axiomas de que deduce sus teoremas. De otro modo, la Historia viene a ser una simple crónica, sin union real, sin conclusion definitiva. "Al historiador no ha de bastar una mirada para ver el curso del inmenso rio de la humanidad i penetrar en sus misteriosas fuentes, escondidas mas allá de los albores de la Historia i de

(6) Riambourg, Fragments sur l'histoire.

las ráfagas de luz intermitente i engañosa de la Fábula (7).” Al mismo tiempo es necesario que el principio que explique el curso de las cosas humanas sea fijo e indestructible; porque, ¿de qué servirían vagas hipótesis i especulaciones inciertas, al tratarse del punto mas grave i mas sério de la ciencia, el destino de la gran familia humana? Todos confiesan que la Historia solo puede ser enseñada desde la altura de un principio que la ilumine. Puede asegurarse que sobre este punto hai uniformidad; pero cuando se trata de designar la doctrina que ha de prevalecer, la uniformidad desaparece. Segun las convicciones, así es la Historia. El individualismo ha corrompido en su fuente los estudios históricos, i entendimientos extraviados han fijado bases inadmisibles.

III.

La humanidad no ha nacido ayer. Existe entre los hombres de todos los tiempos i lugares un parentezco íntimo, un lazo indisoluble, una filiacion continua, que atraviesa todas las edades i hace de todos los hombres una sola familia que incesantemente renace, un solo árbol que día a día se cubre de nuevos ramos i ofrece tambien nuevos frutos. Hai, por consiguiente, entre el presente i el pasado una union tan íntima, que forma el mas poderoso vehículo de nuestra civilizacion. La humanidad, una en su orijen, no tiene dos fines distintos; venimos de Dios para volver a Dios. Teniendo un mismo orijen e idéntico fin, no tenemos dos caminos para ir del uno al otro. La Religion es el lazo sagrado que une esos dos puntos. La voluntad de Dios es la lei suprema que dirige, al través de los siglos las cosas i los hombres; se burla de la política de los pueblos, de la sabiduría de sus Gobiernos i del poder de sus opresores. La vida i la muerte, la enfermedad i la salud, la virtud i el vicio, el bien i el mal, el despotismo i la libertad, concurren a la vez al cumplimiento de los eternos designios de la Providencia divina. “En este libro precioso, dice Riambourg, i no en el órden de la naturaleza, i aun ménos en el sistema mezquinode las leyes sicológicas, se encuentra escrita con caractéres indelebles la verdadera Historia de la humanidad.” “La Historia, ha dicho tambien M. Cousin (8), es la representacion de la voluntad divina aplicada al movimiento de las cosas humanas” o como mejor se ha expresado en otra parte: “es el gobierno de Dios hecho visible.” “La Historia, agrega el célebre Mœheler, es la realizacion en el tiempo del plan eterno de Dios, disponiendo al hombre, por el Cristo, al culto i adoracion, dignos de la majestad del Criador i de la libertad de la criatura intelijente (9).

“La Providencia, segun San Agustín, conduce maravillosamente to-

(7) Donoso Cortés.

(8) Cours de l'Hist. de la Philosophie.

(9) Introd. a l'Hist. de l'Eglise.

das las cosas, gobierna toda la série de las jeneraciones humanas desde Adan hasta el fin de los siglos." "Nadie, dice San Juan, ni en el Cielo, ni sobre la Tierra, ni bajo de ella, puede abrir el libro, ni aun mirarlo, si no es el Leon de la Tribu de Judá, el Cordero que ha sido inmolado" (10). I los designios de Dios sobre el hombre, los conocemos nosotros porque la revelacion nos ha descubierto el plan divino de la creacion. Dos palabras lo resúmen: *todo para su mayor gloria i nuestra dicha; propter nostram salutem et propter magnam gloriam suam* (11). I ved aquí la llave de toda la Historia. Ante todo, preciso es que la gloria de Dios triunfe.

A este poder supremo que dirige al Mundo, la antigüedad le llamaba el *destino*; el mundo moderno le denomina *Providencia*; i la Filosofía de la Historia, tomada en su acepcion mas jeneral, es a la vez el conocimiento especulativo i la prueba de hecho de su accion sobre el Mundo, o en otros términos, de la accion vivificante del Redentor Jesu-Cristo, *Rei eterno de los siglos* (12), a quien *todo poder ha sido dado en los Cielos i la Tierra* (13). Fijaos por un instante, señores, en el cuadro inmenso que se presenta al historiador cuando se halla animado de estos pensamientos. Sentado en medio de las ruinas de los Imperios, tristes materiales de la historia, mirando los confusos restos de grandes palacios, cetros i coronas destruidos, en presencia de esas vastas soledades, en que duermen un mismo sueño tantos pueblos i reyes en otro tiempo célebres, eleva al Cielo su alma entristecida i se atreve a interrogar al mismo Dios, i Dios le revela el sublime secreto de estas ruinas. El le muestra en las revoluciones del Universo, no un juego cruel i fatal de las pasiones humanas, sino una causa intelijente i divina que, al través de los siglos, prepara i cumple la grande obra de la Redencion de los hombres, haciendo servir a sus eternos designios la elevacion o la ruina de los Imperios. Cual un juez sentado en lo mas alto de los Cielos, aparece el historiador cristiano con una autoridad imponente, teniendo en sus manos el órden de los tiempos. Evoca los siglos que reposan, i los siglos obedientes a su voz comparecen en su presencia. "Miradle dominando el mismo caos i pasando revista a todos los pueblos! ¡Cómo vienen a su turno, cada uno con sus usos i lenguaje, a dar testimonio de su debilidad i a confesar que SOLO DIOS ES GRANDE.....!!! En vano quieren detenerse i hacer alto. Marcha, marcha, dice con voz imperiosa, al Ejipto, a la Asiria, a la Grecia i al mismo Imperio romano; i tantos Reinos famosos, tantas Repúblicas turbulen-

(10) Apoc., V. 3, 5.

(11) Símbolo de Nicea.

(12) Timoth, I. 17.

(13) S. Math. XXIII, 18.

tas, aparecen i desaparecen a la señal dada desde el Cielo para preparar los caminos a la grande unidad de la Iglesia de Dios (14).”

Este poder soberano, mas fuerte que todos los hombres juntos, sin herir en nada la libertad humana, lleva irresistiblemente a las sociedades al fin que les ha señalado, las mantiene en la órbita trazada de antemano; i cuando a su voluntad place, renueva la faz de la tierra. No hai medio; o llegaremos hasta este principio, hasta esta fuente única de las leyes del mundo moral, o la confusion i el desórden cubrirán con velo espeso las cuestiones mas importantes sobre el oríjen, la naturaleza i el destino del jénero humano. Reducida la ciencia a sus escasas fuerzas, ignora donde ha de fijar el primer anillo de la cadena de los hechos; porque al tratarse del oríjen del Mundo, no hai mas que un solo punto de apoyo, uno solo que jamás será derribado: el Génesis, fuera del cual no hai mas que arena movediza donde colocar el edificio. Se le ha querido echar por tierra, porque coloca a Dios al principio de todas las cosas, porque traza en compendio la vida de la humanidad, no siendo posible admitir al Dios Creador del Génesis sin vernos arrastrados por la lójica i por los hechos a los piés del Dios Salvador del Evangelio. Ved, pues, los grandes hechos jeneradores de la marcha del Mundo. “Quitad a Jesu-Cristo del centro de la Historia, ha dicho Federico Schlegel, i le habreis quitado su vínculo de union, su cimiento interior, que no es otro que la persona divina del Mesias, que ha aparecido como punto de intercepcion entre los tiempos antiguos i los modernos. La fé en Jesu-Cristo, ved aquí el fundamento del Mundo entero. Sin ella, la Historia universal es un enigma indescifrable, un confuso laberinto, un cúmulo de escombros i de fragmentos de un edificio inconcluso, una tragedia sin desenlace (15).

IV.

El Universo no es para el hombre un templo vacío. En medio de él, se presenta Dios animando, vivificando i conservando cuanto ha querido sacar de la nada. En toda la série de la historia del Mundo, tres hechos dominantes se hallan al alcance de todas las intelijencias ilustradas por la fé: LA CREACION, LA CAIDA I LA REDENCION del hombre. La historia se divide jeneralmente en dos grandes partes; la antigua i la moderna. La esperanza del Redentor i las consecuencias de su venida, tales son sus principales épocas. En la primera, se vé la preparacion del grande acontecimiento que domina a todòs los otros; i en la segunda, la accion ejercida sobre el Mundo por su cumplimiento. El

(14) Le Clerc, de l'imp. de l'education.

(15) Philosophie des Geschichte: 2. o Band., s. 9.

Calvario es el punto culminante de la Historia. Desde su ensangrentada cima, ha de ser considerado el largo i laborioso viaje de la Humanidad al través de los tiempos. La Historia es en verdad bella, contemplada desde el Gólgota; suprimidlo i será incomprendible. Desde el origen del Mundo una huella luminosa atraviesa la noche de las edades, apoyándose en el pasado mas remoto i en el porvenir mas distante. En medio de su curso, aparece la Cruz cual luminoso faro que disipa las tinieblas de los pasados siglos i nos hace descubrir una misteriosa claridad por entre las incertidumbres i oscuridades del mas lejano porvenir. "La rehabilitacion completa, a que progresivamente se encamina el jénero humano, no podrá tener lugar sino cuando la luz pura de esta eterna verdad haya iluminado al Mundo i a la Ciencia: feliz acontecimiento, objeto de la esperanza cristiana i de las divinas promesas (16)."

El Reino de Dios sobre la tierra ¿no es por ventura el voto de todos los pueblos, la esperanza de todos los tiempos? El Mundo ha sentido siempre la necesidad de la Redencion; pero era necesario que comprendiese, por una larga experiencia, la necesidad de un Redentor. "En ese tiempo de esperanza, Dios se acomoda a las necesidades i a las fuerzas del hombre. Hace brillar el sol de la revelacion como el que ilumina al mundo físico, insensiblemente i por grados. La apacible claridad del alba nos prepara para recibir la alegre luz de la aurora, i soportar mas tarde los abrasadores rayos del Sol del mediodia" (17). I miétras que los corazones i las inteligencias se prostituian indignamente adorando la materia i la nada, Dios conservaba en las inteligencias un vehemente deseo de su venida al Mundo i de su reino eterno. I no puede ménos de observarse, que miétras la criatura se separaba de su Criador por la corrupcion refinada del siglo de Augusto, mas ardiente era este deseo; de modo que en el momento de la mayor miseria, cuando la separacion llegó a ser completa, cuando cualquiera creería que los pueblos quedaban abandonados a sus locos extravíos i bastardas pasiones, por un prodijio, que solo Dios puede explicar, era en el Mundo mas deseado que en cualquier otro tiempo. Los sábios solo de él esperaban la salvacion del Mundo, i hasta los falsos oráculos lo pronosticaban. Las mas antiguas tradiciones, los cantos sibilanos, los vaticinios de los poetas, lo invocaban con voz suplicante. El mismo Politeismo, esa grande apostasía del jénero humano, lo esperaba desde el fondo de su ignominia. Todos los pueblos dirijen sus miradas hácia el Oriente, de donde esperaban su Libertador. Un siglo i otro pasó. Sonó al fin la hora marcada en los arcanos eternos. El Mundo se estremece de alegría, los ánjeles entonan en los aires un himno de amor, i avisan a los hombres que se acerca la hora de su redencion.

(16) Schlegel, Philosophie de l'histoire, tom. 1. p. 11.

(17) Gaume, Cat. de persev.

Este momento es solemne en la Historia de la humanidad. Ha desaparecido el Mundo antiguo; un nuevo Mundo ha salido del caos, i una nueva era va a comenzar.

Jeneralmente, i por un respeto exajerado al coloso romano, se hace llegar la Historia Antigua hasta la caida de este Imperio (año 476), como si el hecho del establecimiento del Cristianismo no fuese aun solo, considerado como un simple hecho histórico, mas importante que la caida del Imperio de Occidente; como si la introduccion del elemento cristiano en la sociedad moderna no fuese mas decisivo que la desaparicion del elemento pagano. Principia entónces la Era Cristiana adoptada en la cronología; aparece una nueva creacion, creacion moral no ménos maravillosa que la creacion primitiva; coincide casi exactamente con el momento en que se forma el mas poderoso de los Imperios, en que el afortunado Octavio toma con el nombre de Augusto el título de Emperador, i tiene bajo su mando al Universo entero. Roma doma a la Italia, pasa los mares, mide sus fuerzas con Cartago, i despues de humillar a esta tan terrible rival, somete a la España, la Grecia, el Asia, el Ejipto, las Galias, i a todo el Mundo conocido. Todos los pueblos reciben sus leyes i adoptan sus instituciones, en cierta manera viven de su vida, i hablan su lengua. El poder, la sociedad, el derecho, la ciencia, todo tiende a la unidad; i cuando el Mesias predica su doctrina, todo concurre a la propagacion de su obra divina. Cualquiera diría que noticioso el Mundo de que se iba a realizar su llegada, le estaba esperando en un reverente silencio.

Admitida tan sencilla i fundada division, la Historia Antigua concluye con la muerte de N. S. Jesu-Cristo, i los acontecimientos anteriores no son mas que la preparacion de la venida del Redentor. La Filosofía aplicada a la Historia debe, pues, mostrar ahora la restauracion del Mundo en el desarrollo de la vida i en los diversos períodos del Universo. Para conseguirlo, no puede apartarse por un instante del principio que hemos consignado i que explica todo el conjunto de los hechos. Cuando la Historia se apoya en las ideas de una Filosofía que solo respira en la tierra, pierde la autoridad de sus enseñanzas, la majestad de su palabra. ¡Anatema para el historiador que explore el océano de las edades al ruido de las olas i de las tempestades, sin mirar jamás al Cielo: del historiador que, al recorrer tantos clásicos acontecimientos, cree que ellos no son mas que efectos de una lei fatal e inmutable, resultados mudos del pensamiento, monumentos colocados sin objeto en un vasto desierto, i el hombre a su vez huérfano, hijo de la tierra, juguete de una necesidad inexorable! Empero, ¡qué distinta cosa es la Historia en el sistema católico! La Providencia paternal de Dios cuida de todo el jénero humano, como una madre de su hijo, para conducirlo desde la infancia a su adolescencia, i de la adolescencia a la edad viril. ¡Qué encadena-

miento tan maravilloso! ¡Qué admirable unidad! ¡Unidad, atributo supremo de la misma esencia divina! ¡Lei culminante del hombre, criado a imájen de Dios! La unidad en las Sociedades humanas es la condicion indispensable del órden, así como en Literatura es la forma de lo bello, i como en Filosofia el sello de lo verdadero.

V.

Apliquemos ahora, señores, este sistema a la Historia, i todos los misterios desaparecen. Ennoblécese los deseos del hombre, sostiénese éste, con tan consoladora esperanza, en sus incesantes luchas, en sus dolores i congojas. Traspórtase mas allá de las nubes, i se mantiene suspendido entre el Cielo i la Tierra, entre el tiempo i la eternidad.

Crió Dios al hombre para que un dia le gozase en los esplendores purísimos de una eternidad feliz. Delincuente i prevaricador, no le abandona en su desgracia; al contrario, le deja entrever la esperanza de un Redentor. El mismo Criador cuida de su educacion i le escarmienta con saludables penas. Preparó un pueblo escogido en la persona de Abraham, i le hizo crecer i multiplicarse en el Egipto, de donde le condujo a la tierra de promision. A la voz de sus caudillos, ábrense, formando altísimas murallas, las aguas del mar Rojo para dejar pasar por su seno la raza bendita, i se detienen las corrientes del Jordan. Los cananeos fujitivos contemplan con estupor que el astro del dia se pone de parte de las huestes de Israel; para consolar al piadoso Ezequias, el Anjel del Señor hiere de muerte, a las puertas de la desolada Jerusalem, los 185,000 soldados del soberbio Senacherib; mas tarde la cólera divina condena a cruel i vergonzoso cautiverio al pueblo infiel, que, arrepentido i castigado, encuentra en Ciro al libertador que lo restituye a sus abandonados hogares; para defensa del nuevo templo erijido a su gloria, el Señor arma de invencible espada el brazo de los jenerosos Macabeos. Dios confia a este pueblo sus oráculos, estableciéndole su Profeta para anunciar su voluntad a la tierra. El porvenir queda iluminado por los vaticinios. El Redentor es mil veces anunciado. “Por el exámen atento del texto sagrado, dice uno de los mas célebres orientalistas (18), se vé claramente que todas las profecias no forman, de la circunferencia de los cuatro mil años que preceden al Mesias, mas que un gran círculo, cuyos rayos tienden todos al centro comun, que no es ni puede ser otro que N. S. Jesu-Cristo, Redentor del jénero humano. Miéntas mas se acercan al acontecimiento, mas se animan los colores, i cuando el cuadro se ha terminado, los artistas desaparecen. Al retirarse, el último ha cuidado de indicar cuál es el personaje que debe descorrer

el velo." "Ved aquí, dice, que yo os enviaré, en nombre del Eterno, al Profeta Elias (San Juan Bautista), ántes de que llegue el grande i temible dia del Señor (19)."

La historia entera del pueblo judío no es mas que la historia anticipada de la Iglesia Católica. Jesu-Cristo preside de un punto a otro su desarrollo. No hai un solo hecho, un solo hombre, en la existencia de este pueblo, que no tenga relacion con el Cristo. El es su vida i su esperanza. Las instituciones le revelan; el sacerdocio i el culto reciben de él su eficacia; su sombra está en todas partes, i solo se espera que aparezca. Cuando observamos estos hechos misteriosos, con los mas vivos sentimientos de admiracion i respeto, nuestros lábios murmuran el nombre adorable del Niño de Belen.

El Paganismo es ménos explícito, i no habla con voz tan perceptible; mas, no por eso su mision es ménos real. Las cuatro grandes Monarquías predichas por Daniel, aparecen i desaparecen a la señal dada desde lo alto, preparando las vias al Mesias. Estas grandes Monarquías, absorviendo los mayores Imperios, han llevado al Mundo entero a los pies de Jesu-Cristo, como los caudalosos rios conducen al Océano, no solo las aguas de su fuente sino aun la de los arroyos que les pagan tributo. Así es que la Historia sagrada i la profana se reunen para darnos la prueba mas palpable de estas sublimes palabras: "*Jesu-Cristo es el heredero de todas las cosas, i todos los siglos se refieren a él (20).*" "¡Admirable filosofía la de la Relijion, dice un escritor contemporáneo, que resume en pocas palabras la historia de cuarenta siglos; todo para el Cristo; el Cristo para el hombre, el i hombre para Dios!" (21).

VI.

Antes de la venida del Redentor, todo el conato de Dios era realizar su nacimiento en el tiempo. Despues de su venida, todo su designio es establecer, conservar i dar a conocer al Mundo entero su grande obra. ¿Cómo podrá el historiador sin fé, dar una solucion satisfactoria a los hechos que nos presenta a cada instante la Historia Moderna? ¿Cómo explicará el establecimiento del Cristianismo? "Cuando apareció el Cristo, la humanidad yacía en la tumba. Las supersticiones de la idolatría la habian envuelto con fúnebres velos. Los Césares Augustos, los Sumos Sacerdotes, velaban su sepulcro, queriendo mantenerla en las sombras de la muerte. El Cristo habló, i su voz divina resonó en las vastas soledades del sepulcro. *Sal de la tumba*, i la que muerta yacía vivió; la que estaba sepultada resucitó i habló. Los que creían

(19) Malach. IV 5.

(20) Hebreos, I. 2.

(21) *Gaume, Catec de persever.*

ser dueños del cadáver tuvieron muy a mal que viviese (22).” Llenas están las historias de las crueldades i tormentos que, en tres siglos continuos, se aplicaron a los que cometieron el crimen de llamarse *cristianos*. Como las olas de un mar agitado en un día de tempestad terrible, las persecuciones se suceden; cúmplense los sanguinarios decretos de los Nerones, Decios i Dioclecianos. Levántanse cadalsos por todas las partes del Imperio. Llenan los anfiteatros i los circos las bestias mas feroces que alimentan los bosques de la Germania o que moran en las soledades del Africa. “Si los bárbaros amenazan las fronteras, si el Tiber sale de madre, si el cielo niega la lluvia, si tiembla la tierra, si la peste cunde, los cristianos son los culpables (23).” Ellos, los perseguidos, no oponen ningún jénero de resistencia. Miradles en esas tenebrosas cárceles, elevando al Cielo sus manos suplicantes, recitando fervorosas oraciones; celebrando sus fraternales ágapas i ofreciendo los sagrados misterios, ya para prepararse al martirio, ya para alcanzar la salvacion de los soberbios perseguidores, cuyos dorados carros rodaban con estrépito sobre sus lóbregas cavernas. Pero aquí está la obra de Dios. Retiembla el Olímpo, caen hechas mil pedazos las estatuas de los dioses; palidecen los altos majistrados, cánsanse los verdugos; cáese de sus manos el hacha embotada, i mezclan muchas veces su sangre con la de sus víctimas. Si recorreis los boletines de este combate gigantesco, encontrareis, segun los cálculos mas concienzudos, por los menos 15 millones de mártires en los tres primeros siglos. I la obra de Dios sale triunfante. La Cruz es enarbolada en las costas mas remotas, a donde jamás habian llegado las águilas de los Césares. La nueva Religion vence a Roma la sanguinaria, i se burla de sus tormentos. El combate llegó a ser tan recio, que un día, uno de sus Emperadores hizo grabar una medalla con esta orgullosa inscripcion: *nomine christianorum deléto*. Empero, es verdad que al siguiente día la Iglesia subia triunfante al Capitolio, derribaba el ídolo de Júpiter, i plantaba allí mismo, i para siempre, la Cruz infame del crucificado.

Yo paseo, señores, mis miradas sobre la tierra, recorro todos los siglos, i por todas partes no encuentro sino ruinas i escombros. Babilonia cayó; Nínive no existe; unos pobres pescadores pasean solitarios las costas de la orgullosa Tiro; solo el nombre queda de las famosas Monarquías de los Asirios, Pérsas, Griegos i Romanos, i de las instituciones de Zoroastro, Solon i Licurgo; i, a diferencia de todos los hechos consignados en la Historia, el paso del Cristianismo sobre la tierra es un hecho siempre subsistente. Todo lo que fué capaz de trastornar los antiguos Imperios, ataca durante 18 siglos este sistema tan aborrecido, esa nueva

(22) Rohrbacher, *Historie univ. del Eglise*.

(23) Tertuliano, *Apol. c. XXXVIII*.

Monarquía romana; i despues de esos mismos 18 siglos, el pescador Pedro gobierna aun en Pio IX la Iglesia santa, cuyos límites son los del Mundo i cuya duracion la de la Eternidad.

A las terribles persecuciones decretadas por los Emperadores romanos, sucédense otras aun mas terribles. Llegó la herejía, recojiendo cada una de sus palabras para corromperlas, suscitando esa lucha de la intelijencia, tanto mas terrible que la de la espada, pues esta mata al cuerpo al paso que aquella puede quitar la vida del alma. Niégase su divino oríjen, controviértense sus augustas verdades, atácase su poder, i se ridiculizan sus misterios mas venerandos.

Determinó Dios entónces castigar las crueldades de Roma, i pedirle cuenta de tanta sangre derramada. Vedla de repente entregada a las convulsiones de una prolongada agonía. Desde las nieves del polo, precipítanse los bárbaros en confuso i turbulento tropel, i no hai una sola Nacion que no envíe alguno de sus hijos para que ponga el pié sobre la cerviz de Roma. “Dios soltó contra ella la represa de su ira, i confió el ministerio de su venganza a pueblos sin nombre, que lavaran con torrentes de sangre las manchas de la Capital del mundo pagano” (24). No pudiendo por sí sola con el peso del Orbe, dividió entónces su principado: hubo dos Romas i dos Imperios: el imperio de Oriente i el de Occidente; pero ni aun así pudo conservar su dominacion ni conservar sus fronteras. Sin que pueda estorbarlo, vé desfilar unos tras otros a los pueblos del norte. En este momento terrible todo es confusion, sangre, lamentos, i guerra. “Dios, dice Bossuet (25), renovó sobre ella los terribles castigos que en otro tiempo hizo pesar sobre Babilonia. La misma Roma es llamada con este nombre. Inflada con sus victorias, triunfante en medio de sus delicias i riquezas, ensoberbecida con la proteccion de sus dioses, i perseguidora del pueblo de Dios, dá tambien como Babilonia una gran caida, i San Juan canta su ruina: quítasele la gloria de sus conquistas, i de sus cenizas sale la Roma cristiana, consumándose entónces la *Revolucion* mas grande que han presenciado los siglos.” Ya no hai romanos, ni galos, ni españoles; en su lugar encuentra la vista, llena de asombro, a los godos, a los lombardos, a vándalos, a los suevos i a los francos.

“Los pueblos bárbaros, al moverse, han creído siempre que se movian para dar un nuevo alimento a su ambicion o a sus instintos feroces, ignorando que, dóciles instrumentos de la mano de Dios, no eran sus propios servidores sino los servidores de la Providencia.” Genserico comprendió bien su mision, cuando, preguntado por el rumbo que habia de llevar, puso su cólera a merced de la cólera de Dios, i le

(24) Donoso Cortés.

(25) Discurso sobre la historia Universal.

pidió que hinchase sus velas con el soplo de sus iras.— *El hombre se ajita, pero Dios le conduce.* I el feroz hijo de Muntrük, el indomable Atila, se denomina en el momento de su furor *el azote de Dios* (26).

A vista de un espectáculo tan terrible, el historiador no puede ménos que preguntar ¿quién salvará la sociedad? En medio de tan espesas tinieblas, entre los hacinados escombros que tras sí deja el azote de la barbarie, aparece siempre grande, viva i divina la santa Iglesia de Dios: principio de accion i de gravitacion para los pueblos i los siglos, a quienes comunica la unidad de vida i de intelijencia que en vano hubieran buscado en otra parte. La amable hija del cielo, la Relijion del amor, sale al encuentro de los bárbaros. Su dulce voz de madre hiere los oidos de los temibles vencedores, su brazo poderoso los detiene en el borde del abismo i en los límites que Dios les ha fijado, i con una sola palabra serena la tempestad que se levanta del corazon de los hijos del desierto. Habla, i la Gran-Bretaña, obediente a su voz, viene a ser la *isla de los santos*; i los feroces hijos de la Jermania se convierten a la predicacion de San Bonifacio, formando de todos ellos sus mas fieles i amantes hijos.

Pero miéntas que los bárbaros del Norte cumplian con la mision que la Providencia les habia confiado, de destruir el Imperio Romano i formar un nuevo Imperio Católico, el Oriente recibia tambien el castigo que habia merecido. El espíritu de sofisma i de disputa habia ajitado todo el Oriente: las herejías se habian levantado numerosas en el seno de la Grecia. El Oriente se conturba con la presencia de un solo hombre: ese hombre era Mahoma. Despertó a los árabes de su profundo letargo, i levantó a sus tribus como el huracan las arenas de sus inflamados desiertos. Cual un crecido torrente, el Islamismo se derramó rápido i tumultuoso por el Mundo entero. El Africa cae bajo su poder, la España bajo su yugo, la Italia está a punto de sucumbir, el Asia perece; i se habria apoderado de la Europa entera, a no contenerlo, en las llanuras de Poitiers, el valiente brazo de Cárlos Martel.

VII.

Terriblemente amenazadas las sociedades cristianas de Occidente por las formidables huestes islamistas, un grito de alarma las advierte de un inminente peligro. El padre de la cristiandad dirige entónces el acontecimiento mas colosal que se rejistra en los fastos de la Historia. “Levantóse en masa la Grecia para vengar el ultraje de un marido; ahora levántase la Europa para vengar la injuria de un Dios.” Innumerables

Naciones marchan al través de los desiertos, inspiradas por una idea religiosa. "Los castillos quedaron silenciosos, vacíos los tronos, solas las ciudades. ¡ ¿a dónde van esas jentes i esos Príncipes? Van armados sus pechos de la Cruz, sus corazones de la fé; i sus brazos del acero, a conquistar un sepulcro i a morir, despues de haber derramado sobre él sus lágrimas i su sangre." Tres siglos se pasan en esta lucha formidable, en que la Europa derramó sus ejércitos por el Asia, i por el Mediterráneo sus naves. Dios saca de esta obra de la fé cristiana, bienes de inmensa valía, asegurando la independendencia de la Europa i dando a los pueblos cristianos decidida preponderancia sobre los musulmanes. Fortificáse entónces el espíritu militar de las Naciones europeas; estréchase fuertemente entre ellas el sentimiento de fraternidad cristiana; mejórase el estado de los vasallos; prepárase la completa ruina del feudalismo; i adquieren veloz incremento la marina, el comercio i la industria, dando de este modo un poderoso impulso a los adelantos de la civilizacion en jeneral.

Ved, señores, de todo lo que fué capáz aquella época de la Edad-Media, contra la que tanto se ha declamado. Quizás así convenia a mezquinos intereses. Empero, tampoco el historiador cristiano, sin negar que hubo en ella mucha ignorancia, no puede ménos que observar con asombro, que en ese tiempo se elaboraban los grandes elementos que habian de contribuir a la civilizacion moderna. La Iglesia aparece en ella abogando siempre por los grandes principios, trabajando por asegurar la libertad de los pueblos, i las sociedades organizándose, desterrando de sus lejislaciones i costumbres los restos del Paganismo. El mismo Protestantismo se ha encargado, en el presente siglo, de defender los hombres i las instituciones de una época digna por mil motivos de mejor suerte (27).

La toma de Constantinopla por Mahometo II puso fin a la Edad Media, a esa época de las grandes empresas dirigidas por la fé cristiana. Poco tiempo despues, como dice Balmes (28), recojia la Europa el fruto de largos años de incesante trabajo; Colon descubria un nuevo Mundo, Vasco de Gama doblaba el cabo de Buena-Esperanza; Magallanes pasaba el formidable Estrecho; la civilizacion europea tomaba posesion del Mundo entero; la imprenta esparcía por todas partes las luces de la ciencia; la brújula prometia el descubrimiento de nuevas tierras; las Bellas Artes adquirian con Rafael, Miguel Anjel, el Ticiano i Murillo, la perfeccion a que jamás llegáran; i mil i mil nuevos inventos auguraban un feliz porvenir. Pero este fué precisamente el momento en que apareció el Protestantismo, disolviendo los vínculos de union que enlazaban

(27) Véase la Historia de san Gregorio VII por el aleman Voigt, el cuadro de las Instituciones de la Edad-Media, i la Vida de Inocencio III por Hurter.

(28) El Protestantismo comparado con el Catolicismo.

a todas las Naciones cristianas. La caridad comenzó a resfriarse, los corazones a enervarse; i la carne llegó a prevalecer sobre el espíritu. Lutero i Calvino, protegidos por Príncipes sin fé, segundados por monjes impacientes del yugo que hacia pesar sobre ellos la austera disciplina del claustro, pero que habian voluntariamente aceptado, arrastraron una inmensa multitud a su sacrílega empresa. No obstante, algunas almas jenerosas permanecieron intrépidas defensoras de la fé de sus antepasados. Esta *Reforma*, que se ofreció al Mundo como luminosa antorcha, no era mas que una tea incendiaria que llevaba el fuego por todas partes i que no ha dejado mas huellas de su tránsito que montones de cenizas.

Sin embargo, la Iglesia, aunque despedazada por sus propios hijos, dilata su corazon, extiende sus brazos, i envia sus misioneros al Nuevo Mundo, al Japon, a la China, i a las Indias. Los idólatras i los infieles vienen a reconocerla por su madre, a consolarla en sus sufrimientos, i a endulzar sus amarguras. Dios, en sus eternos designios, saca inmensas ventajas de los males que la aflijen; los mas grandes acontecimientos de que habla la Historia, las guerras i las persecuciones, son otros tantos medios de que se sirve para la propagacion de la verdadera fé i el conocimiento de la verdad, para castigar a los pueblos ingratos, i para atraer a las Naciones infieles. Si son dóciles a sus leyes, si le sirven con fidelidad, los conserva i glorifica; i por el contrario, si se sublevan contra ella, los abate i aniquila. Esta es la lei del mundo moral como la lei suprema de la historia. I en medio del flujo i reflujo de las cosas humanas, la Iglesia, viendo pasar a sus pies el torrente de los siglos, esperará impasible que suene la última hora del tiempo para ir a su esposo, de donde no volverá a descender jamás.

En los últimos tiempos, la Providencia ha querido darnos una prueba mas, mayor quizás que cuantas han visto los siglos. A principios del siglo XIX figura Napoleon, cuya águila imperial vuela sobre todas las capitales de Europa i sobre las pirámides de Egipto. La tierra tembló en su presencia. "Adquiere triunfos i gloria, dice el abate Gaume, mientras se muestra siervo del gran Señor que le habia enviado; mas, apénas choca contra la piedra, cuando su estrella palidece, su poder le abandona, e inmensos desastres marchitan sus laureles. Despojado de todo, va a expiar en medio del Océano el crimen de su rebelion contra el Cordero dominador, i desde lo alto de la solitaria roca en que expiró, grita a los Reyes i a los Pueblos: *Sírvaos mi ejemplo de leccion; nadie es poderoso como Dios; sed dóciles instrumentos del señor i de su Cristo; de otro modo sereis vencidos como yo lo fui* (29).

Solo he hecho mencion de los principales acontecimientos históricos. Los estrechos límites de un Discurso académico me impiden extender-

me mas. Pero, en mi concepto, basta lo dicho para admirar el encadenamiento de la Historia de todos los siglos cuando se la considera bajo el punto de vista de Dios i de su Providencia adorable. Basta lo dicho para poder repetir con un historiador moderno (30): “Solo el espíritu cristiano, transfigurado por la luz de la revelacion divina, puede reconocer i seguir la conducta de la Providencia en la historia del Mundo, ántes i despues de la venida del Cristo.”—Dios, cuidando siempre de su obra en el tiempo, conservando el imperio de la relijion, de la moral, de la justicia i del honor.—Todos los acontecimientos humanos cooperando a la realizacion de tan elevados fines, hasta llevar al hombre, cuando suene la hora terrible, a Dios, fin i principio de cuanto existe.—I en la tierra, siempre la Iglesia cubriendo a todas las Naciones con la gloria de Dios, como el agua del Mar cubre los abismos (31).

HISTORIA. Historiadores de Chile, frai Melchor Martinez.—Artículo del Miembro de la Facultad de Humanidades, i tambien historiador chileno, don Diego Barros Arana.

Durante la ajitada época de la revolucion de nuestra Independencia, los bandos contendientes pensaron mas de una vez en escribir relaciones históricas de aquellos sucesos, ya para recordar los hechos militares de nuestros ejércitos, ya para rectificar los errores con que se referian las ocurrencias de Chile, o para informar acerca de ellas a las autoridades superiores: En varias ocasiones se trató de formar la historia oficial de nuestra Revolucion; pero jamás se adelantó este trabajo hasta dejarlo en estado de dar una idea completa de los sucesos que formaban su materia.

En nota de 28 de mayo de 1811, en efecto, la Suprema Junta que gobernaba el pais pidió al Cabildo de Santiago que formase una relacion de los sucesos de Chile hasta la malograda revoltion de Figueroa, para rectificar las noticias que acerca de este suceso publicaba una gaceta de Buenos-Aires. Mas tarde, a principios de 1813, cuando el ejército insurgente salió por primera vez a campaña contra las fuerzas invasoras que mandaba el brigadier Pareja, el Gobierno anunció que en poco tiempo mas haria escribir i publicar una Memoria histórica de aquella guerra para inmortalizar las proezas i las hazañas de los militares chilenos. Casi parece excusado decir que estas dos obras quedaron en proyecto.

Posteriormente, en 1818, cuando nuestra Independencia estaba per-

(30) Alzog, Histoire de l'Eglise. t. 1.º p. 6.

(31) Isaías.